

MAGDA PORTAL

¿Quiénes traicionaron al pueblo?

CUADERNO DE DI-
VULGACION
POPULAR

1 

LIMA-PERU-1950

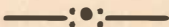
UNMSM-CEDOC

MAGDA PORTAL

**¿Quiénes Traicionaron al
Pueblo?**



LIMA-ABRIL-1950



UNMSM-CEDOC

Propiedad de la autora

Derechos reservados



MAGDA PORTAL

Fundadora del Partido Aprista Peruano

Escritora y Poetisa

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

A LOS APRISTAS DE
TODO EL PERU

A LOS APRISTAS DE

TODO EL PERU

1

En previsión de erróneas interpretaciones, reafirmando la actitud asumida por mí ante el Tribunal de Guerra que acaba de juzgar el fracasado movimiento revolucionario del 3 de Octubre de 1948, quiero hacer esta declaración para dejar a salvo mi indeclinable fe y mi sincera convicción en el triunfo de los ideales democráticos y de redención social del pueblo peruano.

He dicho en mi alegato ante el Tribunal del Potao que al momento del pronunciamiento revolucionario del 3 de Octubre, yo me hallaba distanciada del Partido del Pueblo —vale decir, de sus altos dirigentes— por serias discrepancias ideológicas, las mismas que precisé en forma sintética, manifestando que a mi regreso del exilio el año de 1945 —después de casi siete años de forzada ausencia— encontré ya formado el Partido del Pue-

blo y que éste no era lo que el viejo y revolucionario Partido Aprista Peruano.

En efecto, la nueva fisonomía del flamante Partido del Pueblo difería en mucho de la doctrina que inspiró al Partido Aprista y cuyos fundamentos descansan en la acción anti-imperialista, en la reivindicación de los derechos del pueblo, en la realización de una nueva democracia con libertad y con Justicia Social.

El Partido del Pueblo para conquistar su legalidad y formar alianza con otras agrupaciones de derecha y de centro —fuertes por su categoría económica, mas no por su volumen partidario— debió camuflarse, disfrazándose de “partido de orden”, mesurado, morigerado, incapaz de lesionar en sus viejos y abusivos privilegios a la oligarquía feudal del Perú con la que en 1945 se dió la mano.

Desgraciadamente el mendaz disfraz vino a convertirse en traje normal y obligatorio para los dirigentes apristas, y a los brazos tendidos en señal de perdón y olvido de mayo de 1945 —de los que la reacción se burló olímpicamente— sucedió la nueva cuanto capciosa frase que venía a substituir postulados de reivindicación campesina y obrera inalienables: **“no venimos a quitarle riquezas al que la tiene, sino a crear riqueza para el que no la tiene...”** (Cómo?) Quedaba así a salvo el gran latifundio, extorsionador de la economía nacional, la ex-

tenza e inútil tierra sin trabajar, negada a la producción, en poder del gamonalismo; quedaba la riqueza malhabida en manos de sus detentadores, en perjuicio de la Nación y del pueblo. Quedaba la negra, dolorosa miseria del indio. (1).

Para cohonestar tan singular teoría se inventó la doctrina del Espacio-Tiempo-Histórico, en cuyas abstractas profundidades filosóficas se perdía la masa respetuosa, sin llegar a descifrar sus enigmas. El relativismo de la concepción espacial justificaba, explicándolo, el estado de atraso, abandono, ignorancia y explotación del pueblo peruano.

El Aprismo de nuevo cuño llegó en su afán dialéctico de negaciones —¡negar en dialéctica no es decir que no! (Engels)— a negar la existencia del imperialismo capitalista —base de la doctrina aprista— llamándolo “complejo de inferioridad indoamericano”, como si el gesto de buena voluntad de un solo hombre, deseoso de crear un clima de amistad entre los altos dirigentes del Continente Americano —en este caso el Presidente Roosevelt y su doctrina de la Buena Vecindad— pudiera detener la evolución de un proceso económico universalmente reconocido como la etapa más avanzada del sistema capitalista. (En Indoamérica, la

(1) La Junta Militar de Gobierno, ha dictado el Decreto Ley N° 11061 (11 de Julio 1949), que afronta valientemente la solución del problema agrario, restituyendo al Estado las tierras sin trabajar para que éste las ceda a los campesinos que la necesitan y que la harán producir.

primera etapa y la más peligrosa). Y ésto, no lo ignoraban los "líderes" del Partido del Pueblo. Pero se trataba de limar toda arista que pudiera lastimar la reciente amistad de los "líderes" con prominentes hombres del Perú y del extranjero.

Cançados de los afanes de una prolongada clandestinidad —en la cual debieron mantener la "línea combativa" para alentar a las masas—, los jefes apristas en el otoño de su vigor político aspiraban disfrutar de una cómoda cuanto burguesa situación personal; para eso se vistieron con la piel del cordero, cuya naturaleza terminaron por asimilar.

El Partido del Pueblo, negando la doctrina que le diera vida —interpretación económica de la historia indoamericana y peruana, teoría y táctica para la solución de los problemas político-sociales del Continente Indoamericano,— no venía, pues, a cumplir su destino histórico como liquidador de una etapa superada ya en otros pueblos de América, la etapa semi-feudal de tan acusados perfiles que todavía engrilleta el progreso social y económico del Perú. El Partido del Pueblo, en su nueva expresión, venía a sumarse a la profusa y amorfa lista de "partidos electoreros" con algunos marbetes efectistas, —la larga historia de sus persecuciones y sus mártires, y sus slogans admonitivos— pero no traía una palabra o modalidad nuevas que demostraran su origen revolucionario y su permanente adhesión a los postulados que inspiraron la fundación del Partido Aprista Peruano.

No puedo olvidar de citar aquí un folleto de propaganda oficial del Partido del Pueblo —“40 preguntas y 40 respuestas”— en el cual en forma ambigua se trata de demostrar como bueno todo aquello que repudió el Partido Aprista, justamente por encontrarlo atentatorio de los derechos de las grandes mayorías nacionales.

Hay una serie de hechos en el transcurso de los 3 años de legalidad del Partido del Pueblo que señalan cómo la teoría y la táctica fueron consecuentes al desfigurar la doctrina del Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales, pues no sólo se tendió las manos a los antiguos e irreductibles adversarios de ayer —que nada hicieron para merecerlo— sino que se silenció cuanto de inmoral, anti-patriótico y lesivo del patrimonio nacional hubo en los regímenes anteriores y que fueron objeto de implacable ataque por los “líderes” durante toda la clandestinidad.

La política de concordia nacional, propugnada por el Partido del Pueblo, con notorio sacrificio de sus principios y bajo el festivo slogan de “el 95 sin balas . . .” fué el comienzo de la serie de transacciones, claudicaciones y por último, traiciones a la doctrina y a la esperanza del pueblo, que deberían ser en el espacio de 3 años como el plano inclinado por el cual se precipitó el Partido al abismo.

Los “líderes” del Partido del Pueblo no fueron fieles ni con la masa aprista ni con sus nuevos aliados. A la masa la engañaron aprovechándola en su

fe y en su volumen con fines exclusivamente electorales y de respaldo de su política. A los aliados de centro y de derecha creyeron engañarlos también usándolos para el fortalecimiento de sus posiciones en los altos puestos gubernamentales, desde los cuales era posible el control del Poder; intención que les resultó fallida, porque la vieja oligarquía peruana sabe muchísimo más que los señores apristas en cuestiones de política criolla y de este modo antes de un año el **civilismo** había descubierto la infantil maniobra de los "genios políticos del Partido del Pueblo" y como consecuencia, planteado al país uno de sus más serios problemas políticos: la huelga parlamentaria.

II

Pero detengámonos brevemente en los tiempos iniciales en que el Partido del Pueblo —sus dirigentes— alardeaba de su gran triunfo democrático al restablecer las libertades públicas en el país; triunfo que de otro lado no les correspondía, sino en la medida en que les favorecieron las circunstancias por la feliz coincidencia de haber terminado la Guerra Mundial con el triunfo de las Naciones Democráticas. El mundo entero vivía en una especie de euforia democrática, en especial los países que en una u otra forma habían participado en el triunfo contra el totalitarismo. Al acercarse la fecha del proceso electoral en el Perú, era absurdo suponer que la dictadura de Prado no ofreciera al país las garantías necesarias para que éste pudiese desarrollarse normalmente.

El pueblo del Perú, seguro de que una larga historia de sacrificios y de martirios, patrimonio de miles de hombres y de mujeres humildes, no podía ser negociado por un plato de lentejas, acudió en masa a las filas del nuevo Partido, porque era el único en el cual podía confiar para que realizase las viejas y siempre postergadas aspiraciones de este desengañado pueblo peruano. Además, se afirmó en todos los tonos que el Partido del Pueblo era el Partido Aprista Peruano y que sólo la necesidad le había hecho cambiar de nombre, pero que venía a resultar así como “el nombre y el apellido de una misma persona. . .”

Sin embargo, ni la célula parlamentaria aprista con su mayoría prepotente, ni las Juntas Municipales Transitorias —con personal en su mayoría apristas o simpatizantes—, ni los prohombres del Partido colocados en altos puestos gubernamentales —Prefecturas, Subprefecturas, Gobernaciones, Universidades, etc., etc.— ni el Alto Comando Aprista con su indiscutible influencia en el Gobierno —por lo menos en los primeros tiempos— **hicieron nada que valiera la pena ser mencionado como auténtica conquista social.**

Ningún problema básico fué afrontado con valor. Siendo el Partido del Pueblo, el mayor elector y por ende, partido de Gobierno, debió ser el poderoso respaldo del régimen que se inició con tan promisorios auspicios, y el que le marcara rumbos políticos; pero todo lo contrario, actuó siempre mediatizado, incoloro, demostrando cuando no

ineptitud, complejo de inferioridad y falta de fuerza política, tal si hubiera sido un partido minoritario.

Sí se pronunciaron vibrantes discursos, llenos de vacua demagogia, que todo lo que consiguieron fué disgustar a los condescendientes señores de la derecha, a los que fuera del Congreso, se trataba de apaciguar con melosas y obsecuentes actitudes.

Las pocas leyes de procedencia aprista que llegaron a dictarse son tan intrascendentes que no vale la pena referirse a ellas. Sólo he de citar la desdichada Ley de Imprenta, instrumento absurdo, ineficaz e inoperante y que por llamarse tal, tuvo la virtud de concitarle al Partido reputación de fascista, no sólo en el Perú sino en el Continente.

Todo hacía pensar que el Partido del Pueblo guardaba su oportunidad para actuar... Desgraciadamente, ésta no llegó nunca.

III

La llamada "alta política" del famoso Buró Político del Partido, se manifestó en toda su ineficacia al ser lanzado el Partido a la oposición, con la huelga de los parlamentarios "independientes".

De una en una el Partido había sido arrojado de sus posiciones —Gabinete Ministerial, Prefec-

turas y Subprefecturas, altos puestos públicos— como reacción del Presidente ya en franca alianza con los enemigos del Partido del Pueblo y a raíz del sonado crimen Graña, del cual se hacía culpable al Comando de Defensa aprista.

Los altos dirigentes apristas usaron entonces la llamada “política de doble faz”, que ha sido uno de los más funestos errores de que puede sentirse culpable el Alto Comando Aprista.

Consistía esta genial invención del Buró Político en tener siempre en acción dos tácticas opuestas entre sí; si fallaba una, se recurría a la otra. . . De un lado, la propaganda oral y escrita de los “líderes” era de franco ataque a los huelguistas y al Gobierno —**discursos incendiarios, artículos subversivos, frases agitadoras, como aquella de “a la boliviana” y “los chicharrones gigantes”**— creando en el ambiente popular, en las bases mismas del Partido, el sentimiento de protesta contra los que así burlaban al pueblo que los había elegido. Del otro lado, los personeros del Alto Comando movían todos los resortes para arribar a un acuerdo amistoso con los huelguistas, y hacían largas y humillantes antesalas en los despachos o domicilios privados de los parlamentarios en receso, cediendo y prometiendo cuanto ellos exigían —liquidación de las Juntas Transitorias, destitución de funcionarios públicos, presidencia y control de las dos Cámaras, etc., etc.— sin lograr satisfacerlos jamás, pues la intención de los huelguistas no era volver ellos al Congreso, sino expulsar del Congreso a los apris-

tas, intención que no vieron nunca los señores delegados del Alto Comando!

De estas idas y venidas, prolongadas a través de más de un año de bochornosas negociaciones, no sabía poco ni mucho la masa aprista, a la que se seguía alimentando con frases efectistas; y los Secretarios Nacionales que captábamos el peligro deduciéndolo de los prolongados conciliábulos del Alto Comando, cuando intentábamos averiguarlo y saber a qué atenernos, recibíamos la airada respuesta de que "quienes supieron llevar al Partido al triunfo de 1945 (¡!) sabrían sacarlo ahora con éxito del atolladero en que estaba metido". No lo sacaron, sin embargo.

El "tino y la sagacidad" de los miembros del Alto Comando o Buró Político del Partido, fueron impotentes ante la terca actitud de los huelguistas que ya habían descubierto los puntos flacos del "poderoso partido". De nada valieron las amenazas ni las promesas. La reacción conocía que al gran volumen de afiliados no correspondía una auténtica y férrea organización interna. Y éste era uno de los puntos flacos del Partido, quizá el más serio de todos. No había organización, pese a las estruendosas asambleas verticales. No había efectivo control de masas, en sus bases, en sus sindicatos, en sus agrupaciones gremiales.

¿Cómo, si el Partido del Pueblo poseía el 80% del electorado —trabajadores de todas las industrias, manuales e intelectuales, clase media y obre-

ros, y además, el vasto sector no elector de hombres y de mujeres que formaban sus apretadas filas— no pudo oponerle a la huelga parlamentaria un paro general de 48 horas?

Cuando se insinuó esta medida salvadora — demostrativa de la fuerza aprista— se argumentó en medias palabras que los sindicatos estaban influenciados por los comunistas y no responderían. Pero ésto no era exacto. La verdad es que el Partido en los primeros tiempos de coqueteos con la reacción —y hasta en los últimos— frenó repetidas veces las huelgas más justas de diversos sindicatos, a exigencias del Gobierno y de las empresas capitalistas, y las organizaciones obreras no estaban sin duda dispuestas a ser utilizadas con fines exclusivamente políticos, cuando se vió que fracasaba todo intento de conciliación con los huelguistas parlamentarios. La clase obrera desconfiaba. Sobre todo, no había autoridad sobre ella.

De ahí que a la desembozada campaña de desprestigio de la extrema derecha contra el Partido y sus líderes, éstos no pudieron oponerle otra cosa que unos gaseosos editoriales de "La Tribuna" con citas de todos los artículos de la Constitución que había que respetar —¿por quién?— y una que otra manifestación de masas, en las que un pueblo dolorido por todos los ataques e intuyendo la traición, procuraba llevar en alto la bandera de su fe sin otra arma que sus manos inermes.

"No pasarán" era el grito enfervorizado, y pasaron. "Correrán ríos de sangre antes de que vuel-

va a entronizarse otra dictadura", no corrieron y Bustamante se hizo dictador. "Pasarán sobre nuestros cadáveres antes de que el Partido vuelva a la ilegalidad..." y el Partido fué de nuevo lanzado a la ilegalidad sobre los cadáveres, no de los "líderes", sino de un puñado de humildes hijos del pueblo.

"De los errores que tengamos ahora sólo daremos cuenta al pueblo y a la juventud, a cuyo fallo nos sometemos". Esto se decía en soberbio ademán, cuando los "descontentos" exigíamos cambio de táctica; sin embargo, todavía ahora se persiste en defender el error y a los directos responsables de la caída del Partido.

Frases como éstas vinieron a constituir los puntales del edificio del Partido. Sobre ellas se construyó la infalibilidad de los "líderes", su maquiavelismo político, su tacto y sagacidad excepcionales.

La soberbia y la prepotencia desdichadamente alentadas por el coro de incondicionales, creó la atmósfera de suficiencia y de seguridad en que navegaba el Alto Comando que no admitía ni críticas ni consejos y no fué capaz de avizorar los síntomas de tempestad que se avecinaban.

IV

Esta necia y temeraria actitud, rubricada por la frívola conducta personal de los "líderes", prevaleció aun cuando ya el Partido soportaba los más duros ataques de la reacción que hacían bambolear

su equilibrio. Y continuó con más fuerza cuando se realizó el II Congreso del Partido, de 27 de mayo a 3 de junio de 1948.

El mar de fondo del Partido del Pueblo hervía de inquietud ante los repetidos fracasos de la política seguida por el Alto Comando. No sólo fueron incapaces de aprovechar los momentos propicios para obtener conquistas sociales inaplazables, no sólo no supieron apuntalar con hierro los muros del Partido, para hacerlo invulnerable a los ataques, sino que no supieron ni advertir ni prever la catástrofe final. La prensa enemiga del Partido proclamaba a todo grito la necesidad de liquidar a los apristas, y los altos dirigentes no realizaron un solo acto para impedirlo.

Con pasos acelerados hacia atrás, el Partido había desandado todo el camino que lo separaba de los primeros meses de 1945. Sólo faltaba que fuera declarado ilegal. Y ésto lo pedían todos los días con variados argumentos, los enemigos del Partido dentro del propio Gobierno.

El malestar interno hizo crisis con la actitud de crítica asumida por los parlamentarios cuzqueños y enseguida con la renuncia del Secretario del Interior. Fué la campana de alerta que despertó a los confiados dirigentes del Partido del Pueblo. Al fin accedieron a la realización del postergadísimo II Congreso Nacional del Partido, que debía estudiar sobre el tapete las fallas que habían llevado al

Partido al estado de peligroso resquebrajamiento en que se hallaba.

Pero una vez más fueron más fuertes que la dolorosa realidad, la soberbia y la prepotencia de los "líderes" del Partido del Pueblo. El II Congreso no revisó la errónea política del Alto Comando, ni rectificó los equivocados rumbos del Partido, ni siquiera intentó la solución de la honda y ya irremediable crisis interna.

Se limitó a ratificar, a reelegir y a aplaudir en ampulosos y kilométricos discursos, a sus insustituibles mentores y conductores. Su mayor éxito fué el acuerdo de construir un gran cenotafio para los mártires —varones— del Partido!...

Los cientos de delegados venidos de todos los rincones de la República, escucharon **individualmente** las "razones" de los "líderes" y recibieron las consiguientes consignas: no se podía demostrar debilidad ante el enemigo, ni resquebrajamientos internos, ni discusiones que pudieran señalar discrepancias, ni críticas de ninguna índole. El Partido se hallaba en su época más difícil, atacado por sus cuatro costados. Había que reapuntalar su unidad. Si se rectificaba la política o se separaba de sus cargos de confianza a los miembros del Alto Comando o Buró Político, la reacción advertiría síntomas de descomposición interna y aumentaría sus ataques. Había que ratificar sin discutir y pasar como sobre ascuas aquellos aspectos de mayor dificultad. No! Los delegados de provincias no que-

rían que el Gran Partido afrontara un peligro más! Y por eso se silenciaron todas las críticas que venían en las carteras de los delegados, y los equivocados y funestos rumbos de la política seguida por los "líderes", fueron ratificados!

El II Congreso debía, asimismo, como una de sus funciones soberanas, dictar el Estatuto del Partido y su correspondiente Ideario, —ratificando o rectificando el aprobado en el I Congreso Nacional, del Partido, realizado en 1931— para los cuales existía abundante material y toda una historia de acción política. **A última hora supimos de la existencia de un Estatuto e Ideario confeccionados expresamente para poder inscribir al Partido del Pueblo en los registros del Jurado Nacional de Elecciones.**

Por la destrucción de estos dos instrumentos apócrifos sostuvimos acaloradas discusiones en el seno de la Comisión de Estatutos, obteniendo la formal afirmación de que no serían ni siquiera discutidos en sesión plenaria, pues **el Ideario del Partido era el de 1930**, con el que se fundara y sus Estatutos debían contener los resultados de todas las Asambleas Verticales o funcionales realizadas, para lo cual se nombraría una nueva Comisión... que debería dar cuenta de su gestión a un próximo Congreso del Partido. Sin embargo, —y usando la táctica de la doble faz que igual se ponía en práctica para los enemigos que para los miembros del Partido— al día siguiente circulaba profusamente impreso en mimeógrafo y luego se publicaba en "La Tribuna", el texto íntegro del Ideario y del Estatuto apócrifo y en la noche, en sesión plenaria, se

daba por aprobado, sin discusión de ninguno de sus artículos.

Sospechando la maniobra, de un lado la juventud Aprista y del otro, líderes obreros y el Comando Femenino, habían preparado ponencias rectificatorias; pero un reglamento ad hoc del Congreso guillotínaba toda discusión y como los delegados de provincias habían sido ya aleccionados convenientemente—“el Estatuto y el Ideario actual eran la única garantía de que el Partido no fuese lanzado a la ilegalidad”— sólo una que otra débil protesta, prontamente acallada, se alzó en la vasta sala de la asamblea, ante el requerimiento de que se leyesen sus más reaccionarios artículos. (2).

Entre las muchas aberraciones doctrinarias del Estatuto y del Ideario, que negaban —dialécticamente, ay! según los “líderes”— los principios sobre los que se fundó el Partido Aprista, y que no he de puntualizar aquí porque son capítulos de historia, figuraba lo que yo considero la mayor deslealtad para la mujer aprista, negándole el derecho de ser miembro del Partido “mientras no tuviera derechos políticos”, y recortándole éstos para el futuro, ya que en el Estatuto fijaban la edad de la mujer para disfrutar el derecho de voto político a los 25 años y el hombre a los 18 años. De este modo el Partido del Pueblo recompensaba más de

(2) La asamblea es testigo de mi actitud de protesta asumida en aquella ocasión, al abandonar la sala en plena sesión plenaria, seguida por un grupo de mujeres, que se solidarizaron valientemente conmigo.

20 años de leal adhesión de la mujer que no hizo diferencias de edad ni sexo para luchar por la conquista de la libertad, de la justicia y de la democracia para todos los peruanos; que sufrió privaciones de toda índole, prisiones y persecuciones al igual que el hombre y soportó con estoico valor, los largos años de miseria y de abandono en que la sumió la lucha aprista.

Esta actitud del Partido del Pueblo —de sus “líderes”— fué una prueba más de que el Partido, con sus francos perfiles totalitarios —infallibilidad de los “jefes”, disciplina militar, ausencia absoluta de democracia en su organización interna— se colocaba entre los partidos filo-fascistas, en los cuales la mujer no tiene existencia cívica alguna.

Como un medio de acallar las murmuraciones que salían al exterior y que se referían a mi actitud discrepante con los “líderes” del Partido, éstos hicieron que el II Congreso me eligiera —elección de lista cerrada, confeccionada en la Jefatura, como todos los cargos— para una Subsecretaría General del Partido, cargo accesitario, pero que me incluía siempre entre la plana mayor de los dirigentes acoada en el proceso por la rebelión del 3 de Octubristas, y por cuyo nombramiento me he visto inbre. Pero es público y notorio que ni juré ni desempeñé jamás dicho cargo, pues desde junio de 1948, acentué mi actitud de discrepancia y mi retiro de las filas apristas, tratando de no producir escándalo, ya que el pueblo y la juventud confiaba aun en el Partido y teniendo en cuenta que una renuncia mía podía irrogarles serio daño.

V

Con la aprobación de los graves errores de los "líderes" y del reaccionario Estatuto y no menos inocuo y sospechoso Ideario, el Partido del Pueblo recibía en el que creímos salvador II Congreso, su golpe de muerte. Por su lado, los "líderes" respiraron con cierta satisfacción, ya que no se habían planteado cuestiones trascendentales, y la inminencia de la crisis interna parecía haberse postergado.

Pero ya no estaban tan ciegos como antes para no observar que la tempestad no había sido dominada sino en mínima parte. Las críticas internas continuaron y el mar de fondo siguió hirviendo. De ahí al 3 de Octubre no había sino un paso. Y éste, lo dieron los desesperados y los rebeldes que en un esfuerzo supremo intentaron el remedio drástico que pudo salvar al Partido de su derrota total.

No he de enjuiciar aquí el movimiento revolucionario del 3 de Octubre, intentado contra un régimen que había defraudado las esperanzas del pueblo, con su torpe y maliciosa conducta pública, que no hacía sino continuar los viejos y culpables errores de la casta oligárquica peruana a la que el Perú le debe su estado de atraso actual; régimen sin ambición de realizaciones y sin visión de porvenir que pudo y debió cumplir un ciclo de historia progresista. Y no enjuicio el dicho movimiento, porque a pesar de haber conocido posteriormente sus detalles y tenerlos en apuntes, preciso antes verificarlos en toda su grave trascendencia. Todo

ello forma parte de la Historia del Aprismo que alguien escribirá en día no lejano.

Precisa sí puntualizar lo que no es un secreto para nadie y que corrió de boca en boca al día siguiente de la rendición de la Escuadra, **la actitud de ciega cobardía asumida por los "jefes" apristas al abandonar a los rebeldes en plena acción y mas aun, dictar medidas de tal índole que fueron una franca delación para que el iniciado movimiento fuera copado por la policía. A esto los llevó el afán de librarse de responsabilidades ulteriores, y el miedo ante la perspectiva de tener que dar cuenta a un pueblo y a una juventud que tal vez iban a exigirla muy estrecha.**

"En momentos decisivos la acción enérgica de un solo hombre puede cambiar el rumbo de la historia". No lo comprendieron así los "jefes" apristas que continuando en su peligrosa táctica de la doble faz, prefirieron destrozarse el movimiento del 3 de Octubre, llegando en su insanía a acusarlo como dirigido contra el propio Partido!

Esta lápida de vergüenza les cubre desde entonces y se ha hecho más pesada al proclamar su pretendida inocencia ante los Tribunales que ha juzgado a un grupo de ellos.

VI

Los resquebrajamientos internos del Partido se hicieron heridas profundas desde el 3 de Octubre

de 1948, y la división fué corolario de su liquidación como partido legal. El pueblo había sido burlado, negado, abandonado, traicionado. La muerte y la prisión rubricaron la hazaña de los que se movían en la sombra, creyéndose a salvo. Pero la duda primero, la sospecha enseguida y la certeza luego de que el Alto Comando había tenido mucho que hacer en la derrota, y consiguientemente, en la caída catastrófica del Partido, hicieron presa en el ánimo de miles de apristas, determinando la serie de escisiones y actitudes individualistas, que son del dominio público y que demuestran más que todas las medidas policiales, la destrucción del efímero Partido del Pueblo.

Los fracasados 'líderes' no tienen, pues, ningún derecho para auto llamarse dirigentes del pueblo, como todavía lo hacen. **En medio del caos, es posible discriminar cómo de un lado están los titulados "líderes" y sus escasos incondicionales, y del otro, la masa aprista con sus destrozadas banderas.**

Desde el 3 de Octubre de 1948 el título de "líder" resulta ofensivo y sospechoso. Muertos están los viejos lemas admonitivos: "Fe, Unión, Disciplina y Acción"... "En la lucha, hermanos, en el dolor, hermanos, en la victoria...?" Frases como éstas suenan a burla, cuando está todavía fresca la conducta de los "jefes" y sus adláteres durante la etapa de la "victoria" aprista, y en la cual se hizo saber a los cientos y miles de apristas "de la vieja guardia" —hambreados con dignidad, sin empleos, pero irreductibles— que ni 'el Partido ni las grandes dependencias estatales controladas por los "lí-

deres" eran Sociedades de Beneficencia"... salvo que se tratara de los amigos personales de los dirigentes o de los "nuevos apristas".

Como una cinta cinematográfica el pueblo recorre ahora la breve historia del Partido del Pueblo y ata cabos... Por eso la proclamación de que no había **viejos ni nuevos apristas**; por eso la apertura de nuevos registros para dar cabida, sin discriminaciones, a los recién llegados; por eso los privilegios y honores a los "hombres corcho" que se encumbraron con el naciente Partido del Pueblo y lo negaron y lo abandonaron en el primer momento de su derrota.

El llamado "Comando de Acción" sabe que trajina en ruinas, y que sólo una minoría, por obsecación o por ignorancia, puede secundarlo todavía en sus maniobras negativas, que ya cuentan vidas inútilmente sacrificadas y que nada podrán hacer para devolverle el vigor a lo que ha caducado para siempre.

De nuevo se adopta el desacreditado expediente del **martirio**, la persecución y la clandestinidad. La postura de **víctimas** parece ser lo que mejor sienta a los señores apristas, tanto a los perseguidos como a los presos y deportados.

Mientras tanto ante la cansada atención del Perú y de la América, continúan alzando su coro de lamentaciones, **añadiendo nombres a la lista de**

sus mártires — todos obreros, ningún “líder” — y provocando el que se les aplique la cáustica frase de la madre del último rey moro ante los muros de la perdida Granada: “**Lloras como mujer lo que no supiste defender como hombre...**”

VII

Por mi parte creo un deber para con el pueblo aprista y no aprista y para conmigo misma, hacer esta pública declaración, para que se sepa de una vez por todas por qué asumí la actitud que es de todos conocida ante el Tribunal del Potao; me impulsó la impostergable necesidad de declarar mi posición frente al Partido, salvar mi responsabilidad ante el pueblo, descorrer el velo que cubría aun los ojos de muchos y hacerles ver el cúmulo de traiciones ejecutadas fríamente y sin piedad por los “líderes”. Es preciso que los apristas de verdad, la juventud y las mujeres sepan mi absoluto rechazo por quienes no estuvieron jamás a la altura de su misión histórica, como leales conductores de las masas peruanas y fueron incapaces de realizar la esperanza del pueblo, en los justos momentos en que pudieron hacerlo sin violencias ni derramamientos de sangre.

A los que sentimental o fanáticamente hablen de que he **traicionado**, debo decirles que los únicos traidores son aquellos que se autoerigieron “líderes” del pueblo y después de más de 20 años de cruentos sacrificios —del pueblo, más que de los

“líderes”— burlaron sus anhelos y se convirtieron en serviles aduladores de la oligarquía civilista, que habían combatido demagógicamente en los primeros tiempos. Traidores ellos que olvidaron el origen popular y democrático del Aprismo y crearon una organización filo-fascista, con jerarquías escalonadas y “jefes” inabordables, a espaldas de los sentimientos del pueblo. Traidores y cobardes que a la hora undécima abandonaron y negaron —¡Judas del Pueblo!— a los que brava y románticamente intentaron más de una trágica aventura —San Lorenzo, Huarás, Cajamarca, Loreto, Trujillo Huancavelica: Callao —para darle el poder a su partido y cumplir con los postulados de justicia social que se habían inscrito en sus banderas de lucha. **Traidores aun ahora que después del derrumbe del partido, continúan engañando al pueblo y lanzándolo a temerarias aventuras que sólo redundan en perjuicio de los que las ejecutan, mas no de sus irresponsables dirigentes.**

Y a los que hablen de que me he **vendido** debo adelantarme en decirles que en más de 20 años de lucha sin tregua ni me enriquecí como muchos, ni recibí privilegios ni prebendas de ninguna clase, por ser aprista, menos he de recibir ahora por no serlo.

Y a los que digan que **no era el momento** de enjuiciar y señalar a los culpables como lo hago yo ahora, también debo decirles que me sentiría doblemente en falta si con mi silencio propiciara la

continuación del engaño, el fraude y la traición en que siguen empeñados los falsos líderes del liquidado Partido del Pueblo. Yo sí creo que **es el momento** para que los que todavía dudan, se decidan a adoptar una nueva conducta que los salve en su dignidad y en su conciencia, devolviéndoles la libertad de acción, ya que el porvenir político de un pueblo no puede estar a merced de mendaces traficantes de su esperanza.

Sigo teniendo fe en el pueblo y en la juventud, capaz de acciones generosas y limpias por no tener compromisos con el **pasado vergonzante**. Sigo creyendo que los tremendos impactos de estas épocas cruciales les dan a las masas sentido histórico y conciencia social, elementos indispensables para que, con hombres surgidos de su propia entraña, no con "jefes" superiores o providenciales, creen su fuerza y su unidad, y lleguen al fin a conquistar su futuro destino de Pueblo civilizado, con libertad, con democracia, con Justicia.

MAGDA PORTAL.

Lima, Abril de 1950.

CUADERNOS DE DIVULGACION POPULAR

“FLORA TRISTAN”

PUBLICACION PERIODICA:

P O L I T I C A



L I T E R A T U R A



P O E S I A



E N S A Y O S



C R I T I C A



U.N.M.S.M. BIBLIOTECA CENTRAL



000000183680